

LAS ARMAS, COMO FRONTERA

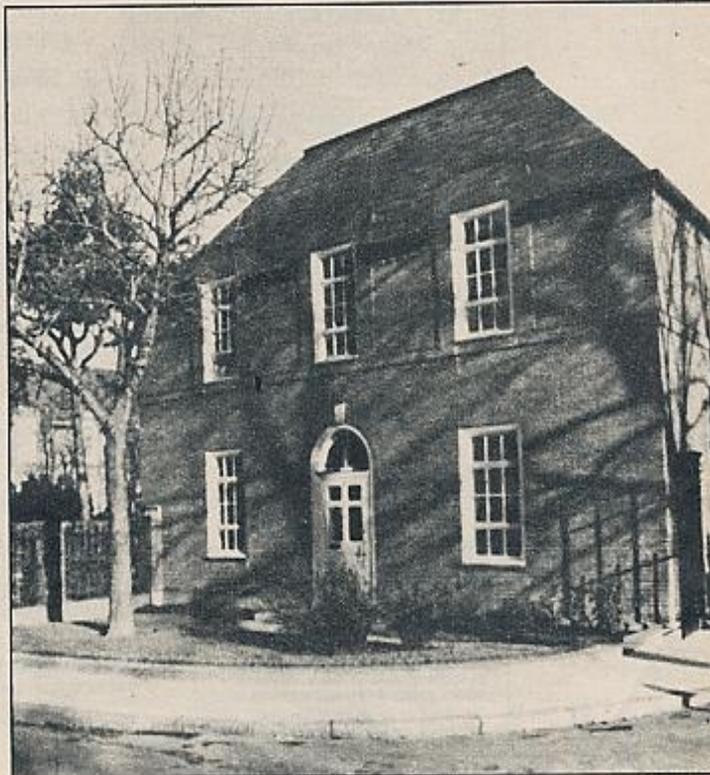
EL lunes (2 de noviembre) ha comenzado en Helsinki la tercera etapa de las S.A.L.T. («Strategic Arms Limitation Talks» o «Conversaciones para la limitación de las armas estratégicas»), entre los Estados Unidos y la U.R.S.S. Se iniciaron hace ahora un año, el 17 de noviembre de 1969, en la misma ciudad de Helsinki. Aquella reunión duró poco más de un mes, y se continuó en Viena, el 16 de abril, y duró hasta el 14 de agosto. Se espera que la reunión actual se mantenga hasta mediado el mes de diciembre. En los intermedios, las negociaciones han continuado a través de funcionarios diplomáticos y militares. En las dos primeras tandas, los negociadores se esforzaron en dar una muestra exterior de cordialidad y buenos deseos. Ahora, su primer acto ha sido el de asegurar que el alegado enfriamiento en las relaciones entre los dos países no influirá para nada en las conversaciones. Sin embargo, parece que algunos de los recientes sucesos de roce entre los dos países están muy relacionados con estas conversaciones. Dos, por lo menos, son considerablemente misteriosos. Uno es el del avión de Estados Unidos, con dos generales a bordo, capturado en la U.R.S.S. El otro, la supuesta construcción de una base de submarinos nucleares soviéticos en Cuba.

DESDE el primer momento de estas conversaciones se trata, como tema fundamental, de definir qué son las armas estratégicas que se trata de limitar. La propuesta rusa de definición, presentada desde el año pasado, es la siguiente: «Son armas estratégicas nucleares aquellas armas de los Estados Unidos que puedan alcanzar el suelo de la U.R.S.S. y las de la U.R.S.S. que puedan alcanzar el suelo de los Estados Unidos». Como rápidamente puede verse en esta definición, se incluyen las bases de Estados Unidos en Europa y el armamento de la O.T.A.N. (nuclear) suministrado —y, hasta ahora, controlado— por los Estados Unidos. La U.R.S.S. no tiene esta contrapartida: puede alcanzar el territorio de los Estados Unidos desde el suyo propio, pero no desde el de sus aliados o desde bases fuera de su propio territorio. Como también rápidamente puede verse, esta negociación está estrechamente relacionada con todas las otras cuestiones

pendientes entre los dos países, que pueden resumirse en una: el establecimiento de fronteras mutuas. El concepto militar de frontera ha comenzado a cambiar desde la guerra europea de 1914-1918, con la aparición del arma aérea, y ha evolucionado en ese sentido en el último medio siglo. La frontera militar ya no es una línea divisoria entre dos países a lo largo de la cual pueden desarrollarse incidentes y violencias. Los «missiles» requieren una nueva definición. Tras ellos, los satélites cargados con armas nucleares y, para el futuro, el establecimiento de bases en otros planetas. Las fronteras entre dos países hegemónicos son, ahora, consecuencia de una relación de fuerzas y del establecimiento de unas reglas de juego de cuyo respeto depende la paz. Los dos países se esfuerzan en dar un contenido geográfico a estas reglas de juego, mediante la creación y el respeto de zonas de influencia.

DESDE hace años, la Unión Soviética se esfuerza en crear y sostener bases en el extranjero desde las que alcanzar el territorio de los Estados Unidos, para obtener una especie de valor de intercambio. La gran crisis de octubre de 1962 entre los dos países, llamada «crisis del Caribe», tuvo ya este alcance: la U.R.S.S. había instalado cohetes en Cuba y la reacción de los Estados Unidos les obligó a retirarlos. Pero, sin duda, esta reacción no fue sólo una muestra de fuerza: hubo negociaciones secretas y, tras ellas —aunque se procurase borrar toda relación de causa a efecto—, los Estados Unidos retiraron los cohetes nucleares de la base de Adana, en Turquía. Y se inició una etapa de «coexistencia», que más bien fue la iniciación de la discusión de fronteras globales, en la que seguimos ahora.

ES necesario recordar estos dos nombres clave de Cuba y Turquía, que son los que se vuelven a manejar ahora. Los Estados Unidos han denunciado la construcción de una base de submarinos nucleares soviéticos en Cienfuegos (Cuba), lo cual ha sido desmentido por la U.R.S.S. y luego por los propios Estados Unidos, como para que no sepamos claramente si esa base no existió nunca o si realmente



existió y fue desmantelada tras la queja de Estados Unidos y tras unas negociaciones secretas. Casi inmediatamente de ese episodio aparece, como hace ocho años, el nombre de Turquía. El 21 de octubre, un pequeño avión militar americano, con dos generales de los Estados Unidos y otros jefes militares turcos, se perdió en una tormenta, aterrizó en la U.R.S.S. y sus ocupantes fueron detenidos, y lo están hasta ahora. Algunas imaginaciones truculentas —a las que no es posible culpar, puesto que vivimos en un mundo realmente truculento— imaginan que el avión pudo ser desviado de ruta no por la tormenta, sino por algún medio electrónico soviético, y obligado a aterrizar. Provocado o casual, el incidente sirve a la U.R.S.S. para emitir notas de protesta acerca de la proximidad de las bases ofensivas de los Estados Unidos, recordar una serie de violaciones de su espacio aéreo y tratar de que Turquía sea abandonada por los Estados Unidos. La prisión de los dos generales se prolonga y continúa mientras se inicia la tercera etapa de las S.A.L.T., donde, sin duda, se plantea, una vez más, el problema de las armas fronterizas.

La respuesta de los Estados Unidos en Helsinki será, al parecer, la misma de las reuniones anteriores: los «missiles» nucleares estacionados en Europa deben estar neutralizados por los aproximadamente setecientos de medio alcance que la U.R.S.S. tiene apuntados continuamente sobre las bases en Europa, dispuestos a fulminarlas. Es «otro» enfrentamiento. Si la U.R.S.S. retirase estos proyectiles, los Estados Unidos considerarían la retirada de sus bases europeas. La respuesta soviética es que sus proyectiles apuntados a Europa no deben ser objeto de las S.A.L.T., puesto que no llegan al territorio de Estados Unidos y, de acuerdo con su definición, no son armas estratégicas, mientras que los de Estados Unidos en Europa sí lo son, puesto que alcanzan el territorio soviético. En otras palabras, los Estados Unidos sostienen que la O.T.A.N. es una entidad defensiva independiente, formada por los países del Pacto del Atlántico, en el que ellos participan como uno más, y que el desarme de esa entidad deberá ser objeto de una negociación distinta —la proyectada de seguridad europea u otra más limitada entre países pertenecientes a la O.T.A.N. y al Pacto de Varsovia—, pero no en las S.A.L.T., mientras que la U.R.S.S., sin desdeñar esas otras negociaciones —que fue la primera en proponer y cuya negociación continúa en marcha—, estima que la O.T.A.N. no es en realidad más que una prolongación de los Estados Unidos, que los «missiles» nucleares, los submarinos y los bombarderos, más sus pilotos y sus jefes militares, son de los Estados Unidos y amenazan directamente el suelo soviético.

Las negociaciones, naturalmente, llegan mucho más allá. Los Estados Unidos tratan de soslayar la cuestión europea, para hacer un énfasis especial en los «missiles» intercontinentales, es decir, en aquellos que pueden ser disparados desde un territorio contra el contrario, especialmente aquellos que la U.R.S.S. puede lanzar con cabezas nucleares múltiples; se dice en Washington que el número de estos cohetes es superior en la U.R.S.S. que en los Estados Unidos, es decir, son, sobre todo, más poderosos y la multiplicidad de las cabezas nucleares les hace más temibles que los de Estados Unidos. Por eso la delegación de Estados Unidos propone que la limitación mutua de tales proyectiles se hiciera atendiendo, al mismo tiempo, al número y al cubaje. No hay hasta este momento respuesta concreta de la Unión Soviética, que, en cambio, parece relativamente favorable a una tesis global de los Estados Unidos, que consiste en congelar el armamento nuclear considerado como estratégico, incluyendo el que esté ahora en construcción, en su nivel actual, que viene a ser de unos dos mil proyectiles en cada nación. Pero una vez más se cierra el círculo vicioso en el momento en que se trata de definir qué son los armamentos estratégicos. ¿Son solamente los proyectiles intercontinentales? ¿Son también los que los Estados Unidos consideran tácticos, como los que tienen en aviones, portaaviones, submarinos? Y en este punto aparecen, una vez más, las bases de Estados Unidos en Europa...

PARECE que conviene insistir, una vez más, en que estas negociaciones no son más, por una parte, que el establecimiento de reglas de juego; por otra, el de una limitación de fronteras de poder, pero que están muy lejos de la idea de desarme como contribución a la paz del mundo, según la idea iniciada hace más o menos setenta años en la primera reunión mundial de desarme. Ni siquiera de desnuclearización. Lo que desde fuera de esos países, que tratan de definirse mutuamente, se pretende es la desaparición total de las armas nucleares. Es la tesis francesa, que no ocupa, desde hace años, su sitio en la Conferencia de Ginebra por esa razón, o la de China, que nunca ha sido admitida en ella, pero que, el mismo lunes en que comenzaba la reunión de Helsinki, hacía pública una declaración pidiendo la destrucción total de los «stocks» atómicos del mundo. Tesis, en este caso, parcial, que no conviene a Estados Unidos ni a la U.R.S.S., puesto que, aunque China tenga armas nucleares operacionales, aún escasas, su fuerza principal está en la enorme masa de su población militarizada, que tendría todas las ventajas en una guerra clásica. Por la misma meditación, Alemania Federal presiona sobre su aliado de Estados Unidos para que no elimine su fuerza nuclear en Europa, en vista de que, en una guerra clásica, la U.R.S.S. podría ocupar todo el continente.

A la izquierda, Vladimir Semyonov, jefe de la delegación soviética en las conversaciones para la limitación de armas estratégicas que se celebran en Helsinki. A la derecha, la embajada norteamericana en la capital finlandesa que, junto con la soviética y de manera alternativa, es la sede de las conversaciones. Estas negociaciones van encaminadas más al establecimiento de unas reglas de juego que a la búsqueda del desarme como contribución a la paz del mundo, según la idea iniciada hace más o menos setenta años en la primera reunión mundial de desarme. Desde entonces, las guerras han seguido y siguen: en algunos sitios, como el Sudeste asiático, sin solución de continuidad a través de decenas de años. La fotografía de la derecha es de Vietnam y muestra a una familia vadeando un río en su huida de los bombardeos norteamericanos; su autor Kydchi Sawada, consiguió con ella el Premio Pulitzer hace unos años: ahora ha muerto en otra guerra muy próxima, la de Camboya.

